



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 2.

JUEVES 10 DE MARZO DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripción.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIA un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

EL SABER, (Conclusion), por José Alcalá Galiano.—SAN JUAN DE LOS REYES EN TOLEDO, por E.***.—HARRISON.—LA SOMBRA DEL DIABLO, (Continuacion), por Francisco de Paula Enríquez.—INDUSTRIA ALFARERA EN ANGEL, por A.***.—EL ESTUDIANTE MODERNO, por Adrian Viudes Girón.—LA ALAMEDA EN INVIERNO, por Carlos Sanchez Palacio.—HISTORIA DE UN SUSPIRO, por Vicente Martinez de Carvajal.—BOTANICA.—TEMPESTADES, por Adolfo Miralles de Imperial.

EL SABER.

(CONCLUSION.)

Pero veamos el teatro de la ilustracion entre bastidores; toquemos los manchones que nos parecen un árbol lozano, el brochazo que nos parece nube de nácar, el lienzo que se nos antoja tranquilo valle ó lago cristalino. Dejemos la encantada butaca y entremos en el embaucador escenario.

En unos cuantos años de universidad enseñan á nuestros estudiantes todas las ciencias, todas las logias, sofias, grafias, metrias, nomias, gonias, micas, ticas, etc. Con razon dicen que se lo enseñan, pues no hacen mas que enseñárselas para que las vean, pero no para que se queden con ellas, pues son propiedad de los catedráticos. Gradúanse de bachilleres, los dan un papel que quiere decir: «El dador es hombre que sabe, permítasele la entrada en el campo del saber;» lo cual no impide que al guardarle en el bolsillo muy ufano, se haya evaporado del frasco la esencia adquirida á fuerza de peloterías en casa y castigos en la escuela. Eligen lo que, por de corrida que hoy se hace, se llama con razon *carrera*, y que antes se llamaba *profesion*; pero para una profesion hay que profesar como monja, y para una carrera basta correr como un galgo; por eso hoy todos estamos por las carreras, aunque sean de caballos. Concluida la carrera los dan su título; con éste se ha engañado al mundo, hacen como que saben, se

han pintado de colorado y deslumbran la vista.

Conociendo ellos acaso su propia impotencia y aspirando á grandes hombres, se dicen para su capote: «Debo estudiar,» y van por libros. Pero ¡ay qué libros! ¡Cuántos tomos en folio! El que menos exige medio año para leerle y uno para estudiarle. Un tomo en folio en España es mas temido que un toro escapado, y no hay quien se atreva á esperarle. ¿Pasarán toda su vida estudiando para encontrar á la vejez que saben algo? El tiempo urge, es preciso saber pronto, saber de todo, aprovechar la época del vigor, llegar al último escalon de la escalera social antes que el reloj señale la media vida. ¡Tanto tomo! ¡Quién tiene paciencia ni tiempo? ¡Fuera estorbos, fuera la carga, á correr en pelo, libres, de prisa!

Los libros cortos ¡qué bonitos! se leen al vapor, aunque no se aprenden; se leen dos por semana: «estos queremos, estos necesitamos,» se dicen locos de júbilo, y á libro por semana empiezan sus lecturas. ¿Qué libros son? Libros de crítica franceses en los que en dos páginas hallan esplicadas todas las filosofías del mundo y del *no mundo*; en un capítulo se aprenden todas las literaturas, y se conocen todos los poetas y literatos de la tierra y del cielo; en un tomo se empapan en los escritos de los Padres de la Iglesia, tan largos y tan pesados, y saben teología; un par de tomos son los dos rails por donde atraviesan por ferro-carril en un momento el inmenso campo de la historia.

Pero lo que es una delicia, un hallazgo, una mina para nuestros sabios, es esa multitud de revistas extranjeras, científicas, literarias y políticas que de las nubes del extranjero caen cual lluvia benéfica y fecundante en nuestra patria. En ellas se ven, como por un telescopio, los distantes conocimientos antiguos y modernos esparcidos en la esfera del saber, y como un microscopio hasta los mas diminutos átomos intelectuales de todos los paises. Con leer las revistas y esplotarlas, se sabe de todo, se puede hablar de todo, escribir de todo, discutir de

todo, entender de todo. Por eso los *neo-sofos* siempre están pasando revista á las revistas, que de puro revistas quedan que no se las puede ver. Allí comen el alimento intelectual masticado y digerido por otros; allí se bañan mejor que en agua rosada, se dan saludables baños enciclopédicos, colorean al entendimiento, que dura un día; se curan la enfermedad de la ignorancia tomando *homeopatía sabia*, ó sea la ciencia disuelta en agua, los folios reducidos á glóbulos ó artículos. Ellos dirán de los alemanes, franceses ó ingleses: «Pobres tontos, ellos hacen el plato y nosotros le comemos; ellos son los cocineros que trabajan, nosotros los señores que disfrutamos;» pero en realidad, en la vida de la ilustracion nos alimentamos de las migajas que Francia deja caer de su mesa.

Si convocásemos á muchos de los que pasan por sabios, ¿resistirían á un examen minucioso? Un estanque helado aparece lo mismo con una vara que con una pulgada de espesor; pero meted el baston, ésta se quebrará, aquella resistirá. Tocad con el baston la cabeza de nuestros eruditos, la capa brillante de hielo se romperá. ¿Qué encontrareis debajo? el vacío.

Preguntad al que en su discurso citó y recitó á San Agustín, al que exclamó: «¡Oh! el gran Descartes» qué obras escribieron estos, y tal vez de vergüenza quedará petrificado como los hijos de Niobe. Al que hoy en el artículo literario ó en la revista de teatros nombra á Shakspeare, Schiller, Plauto y Terencio, preguntadle pormenores de sus obras, y acaso obtendréis el silencio sublime, la elocuente callada por respuesta. Al que en el escrito científico hablaba de leyes físicas, de astronomía, de geología, etc., preguntadle qué cosa es física, qué es paralaje, qué es paleontología, y puede ser que quede mas tieso y frio que los fósiles de que esta ciencia se ocupa. Al que repitió los nombres de Rubens, Leonardo Vinci y Julio Romano, preguntadle qué es escorzo, diseño ó claro oscuro, y se pondrá mas descolorido ó colorado, con mas colores que los

lienzos de que habló. Al que en el periódico nombra á Pitt, Talleyrand ó Peel, preguntadle que quién era Pitt ó que qué hizo Peel, y solo sabrá quizá que Pitt es el gran Pitt, Peel el gran Peel, y Talleyrand el gran Talleyrand.

Nuestros sabios quieren pasar por de oro, y solo son *sabios de doublé*. Cojamos ciento, sepáremos del ciento los ceros, ó sean los que no tienen valor, los que son redondos y huecos; queda solo el uno, uno solo que sea cifra significativa, que valga de veras.

¿De quién es la culpa de esto? de ellos y del mundo. De ellos, por su impaciencia; del público, porque hoy exige mas de lo debido, y al mismo tiempo se contenta con cualquier cosa que le dan; quiere que todos sepan, y acoge á los que no saben.

Uno se dedica con esmero á un estudio dado, descuida los demás; vá entre gentes que hablan de todo, él sabe una cosa bien sabida, pero se avergüenza y le avergüenzan si no entiende de todo; entonces mi avergonzado abandona los estudios formales y se lanza á la generalidad; deja el fondo por la superficie, la unidad por la pluralidad, la ciencia por la enciclopedia; el mundo ha perdido tal vez un sabio verdadero, y el sabio acaso un mundo. Este espíritu generalizador es la perdición de las inteligencias; ese vértigo ambicioso por saber es el que impide que talentos privilegiados para un ramo se desarrollen, es el que los ahoga en el torrente invasor de las nociones. La sociedad es indulgente, eleva á nulidades á las alturas, los que vienen detrás quieren subir, ambicionan: las ondas impelen á las ondas; todos quieren llegar al mar, ser la cima de la ola embravecida que se alza hasta el cielo.

«Hable usted,» dicen á uno de estos sabios de *mentirijillas*, como dando por corriente que hoy el que tiene lengua puede hablar como andar el que tiene pies. Habla, le aplauden y sube. Todos quieren hablar y subir.

«Escriba usted, fulano;» fulano escribe tres artículos de economía, y dicen: «fulano debe ser empleado.» Todos quieren ser escritores y obtener empleos.

El naturalista Buffon escribió una *Historia natural*; el *artificialista* Mengano escribe una *historia artificial* y todos dicen: «Debe ser académico.»

Nuestros *neo-sofos* quieren correr; el público los da latigazos, por eso todos corren, y por eso el que anda con calma se queda atrás y ve llegar á los demás al término de la carrera, obtener la palma y ser conducido en triunfo.

Por eso ¡qué pocos discursos resonarán en los siglos futuros! ¡Qué pocos dramas conmoverán á las venideras gentes! ¡Qué pocos libros enseñarán á nuestros descendientes! ¡Qué pocas obras de las inteligencias de hoy resistirán en nuestra patria al naufragio de los tiempos, y sobrenadarán sobre las aguas de este nuevo diluvio!

Cuando la reina Catalina II de Rusia viajaba por su vasto imperio, su favorito y ministro, el hermoso Potemkin, hacia levantar por el camino pueblos de carton pintado para que su soberana se envaneciese con la prosperidad de sus Estados. En el campo de la ilustración de nuestra patria, un nuevo Potemkin ha levantado pueblos hermosos rodeados de vegetación y vida que seducen al viajero; pero acerquémonos y veremos el carton de que se componen para halagar y engañar los ojos de esa gran soberana que es la sociedad.

No faltará algún lector que á quien esto escribe le diga amostazado: «tú, escritorzuelo imberbe que tan arrogante escribes, ¿tienes la vanidad de escluirte del gremio de los *neo-sofos*?...»

No, lectores míos; el autor de estos renglones se acusa del pecado de ignorancia; pero no aspira á echarla de sabio, sino á decir lo que piensa, lo que cree y lo que siente, y por eso con Iglesias dice:

¿Ves al que esta satirilla
Escribe con tal denuedo,

Que no cede ni á Quevedo
Ni á otro ninguno en Castilla?
Pues con su vena, letrilla,
Pluma, papel y tintero,
Es mucho mas majadero.»

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

TOLEDO.

SAN JUAN DE LOS REYES.

El monumento de que nos vamos á ocupar, es sin duda uno de los mas grandiosos y magníficos que para gloria del arte, admiración de la Europa entera, baldon de Francia, memorable recuerdo de los Reyes Católicos y del vencedor de Otumba, guarda la ciudad imperial.

Al contemplar sus caladas agujas, sus altas cúpulas y sus gallardos minaretes que parecen escalar el cielo, nuestra alma busca á Dios en la inmensidad de los espacios y se estasia ante aquella mole gigante, en cuyo seno tiene el arte sus laureles, su descanso el corazón humano y su templo la religion.

Al penetrar en sus solitarias naves, por cuyas rasgadas ventanas penetran, ora las vagas luces del crepúsculo, ora los templados rayos del sol, multitud de pensamientos ya melancólicos y sombríos, ya dulcemente dolorosos acogen nuestro espíritu trasportándonos á fines del siglo XV, época en que fue levantado por la munificencia de Isabel I.

Aun creemos ver á la inolvidable señora, que tan árdua empresa llevó á cabo, dando gracias á la Providencia que le permitió erigirle aquel monumento grandioso, como ofrenda de gratitud por las victorias alcanzadas en Portugal cuando el rey de la nacion vecina apoyaba los derechos de doña Juana, conocida comunmente por la Beltraneja. Aun creemos ver en sus desiertas galerías al que cuando se levantó *San Juan de los Reyes* como asilo de religiosos observantes de la Orden de San Francisco, sufría en sus claustros el noviciado y concentraba su espíritu gigante para colocarse despues así al frente de los prelados españoles, como de los guerreros de Isabel la Católica, y llenar el mundo con el nombre de *Cisneros*, que pasando de novicio á prelado, de prelado á cardenal arzobispo de Toledo, de aquí á confesor de S. A. y de confesor á gobernador del reino, fue uno de los mas ínclitos varones de aquella gloriosa edad.

Cuando, como hemos dicho antes, se decidieron los Católicos Monarcas á levantar aquel monumento sorprendente, no solo habían obtenido la victoria en Portugal, sino que vencedores en Toro, cumplían con la edificación de tan grande obra, el solemne voto que llenos de religioso entusiasmo habían hecho antes de entrar en tan célebre batalla.

¡Pero cómo habían de creer que templo tan hermoso fuera tres siglos despues derruido por las águilas francesas! ¡cómo habían de creer en su amor á la justicia y en sus venerandas creencias, que el monumento erigido en la parte occidental de su ciudad predilecta fuese mas tarde hollado y mutilado por los soldados de Napoleon! Estos, como los de Atila ó Gensericos, nada respetaban en su bárbara carrera. Sedientos de sangre y de victoria arrasaban á su paso cuanto podían y ni las leyes, ni los ritos, ni el arte, ni la religion, ni las costumbres, les movían á respeto ó veneración!... Aun parece que los vemos poner su candente planta sobre las solitarias galerías de San Juan y penetrar en bandadas por sus puertas como siniestras aves de rapiña. Sus brazos y sus ensangrentadas hachas, vibraban y se estremecían, al derribar los frisos y columnas, sostenidos allí por la mano de Dios, pero el rencor y la cólera les daban nuevos bríos y nueva vida para terminar su infame y diabólica tarea. Y no contentos con derribar las estatuas de sus pedestales, destrozar las columnas, arrojar las flores de piedra por el suelo, y romper los altares, hicieron que el

incendio se cebara en el monumento para que hoy tan solo podamos distinguir como constante anatema de tanta iniquidad, ó recuerdo del arte, algun trazo de arco suspendido milagrosamente entre aquellas bóvedas gigantes.

Sin embargo, la piedra berroqueña de que se compone el exterior del templo, se oponía al filo de las cuchillas y á la acción del fuego y allí está sentada sobre un cuadrilongo de mas de doscientos pies de longitud por setenta y cinco de latitud, para admiración del mundo... Dios no quiso que se extinguiese para siempre esta obra del célebre arquitecto Juan Guas, obra que algunos han atribuido á Maese Rodrigo ó Pedro Gumiel, maestros de aquel tiempo.

Los muros de San Juan de los Reyes se hallan adornados con cuerpos sobrepuestos, y junquillos formando arcos en cuyos entrepaños así como en las cornisas que los coronan, se ven multitud de cadenas de hierro, como símbolo de las victorias que alcanzaron sus fundadores. La mano del tiempo ha arrancado muchas de ellas, y no pocas; los que desposeídos de la veneración que el arte inspira, no podían comprender su alta significación.

La arquitectura gótica se muestra en toda su magestad y gallardía, en el monumento que nos ocupa. Sus pilares rematados en torrecillas ó pirámides de crestería para mayor solidez del edificio; sus estatuas de piedra blanca incompletas ya, pero colocadas en repisas cubiertas por tallados doseletes; su antepecho de piedra al estilo gótico, coronando todo este ornato en derredor de los muros y del ábside; su cúpula de media naranja con ventanas en los frentes y pilarcillos, que se elevan crestados por cima del calado antepecho con que termina para cerrarse en su cúspide por el símbolo de la Redención; sus muros enrojecidos por el tiempo; su alto campanario, todo, en fin, llena de dulce melancolía el alma del viajero que se apena al ver tanta grandeza convertida en ruinas colosales, ruinas que la acción de los siglos hace cada vez mas grandiosas, pero que concluirán desgraciadamente por ocupar una gloriosa página en la historia del arte y un lugar en el corazón del último español que morirá dando gracias á los soldados del héroe de Waterloo por su *grande obra*.

E. ***.

HARRISON.

Pocos datos biográficos se encuentran en la historia acerca de este hombre; su nombre le ha sobrevivido, como los de otros muchos de la época turbulenta de Carlos I de Inglaterra. Cuando el Parlamento se apartó del rey apareciendo otras fracciones de ideas distintas, cuando se encendió la guerra semi-política y semi-religiosa, figuraba Harrison como coronel del ejército parlamentario. Mas tarde, cuando Carlos I sentenciado á muerte por Cromwell y otros cincuenta y nueve *hermanos rojos* se acercaba al patíbulo, le vemos presente. Despues del periodo de la república en que el fanatismo de sus partidarios llegó á variar las palabras del *Padre nuestro* que dicen: *venga á nos el tu reino*, por *venga á nos la tu república*, vuelve á sonar su nombre. Por fin, en el reinado del desdichado Carlos II, fue ahorcado con otros muchos, cuya muerte dispuso el rey, mandando al mismo tiempo desenterrar varios cadáveres de personas que le parecieron inocentes.

LA SOMBRA DEL DIABLO.

(CONTINUACION.)

De prisa anduvo don Prudencio para colocar al niño sobre su asno, procurándole toda clase de distracciones por medio de la música.

Alberto iba como quien ve visiones, y á

pesar de su corta edad, no dejaba de estrañarle la extravagante fisonomía de su filarmónico conductor.

X.

Dice un refran castellano que el ojo del amo engorda al caballo, y por desgracia no salió verdad para los ingleses, pues á no gran trecho de la quinta cayó moribundo uno de los pollinos, sin que los doce ojos que le miraban consiguiesen alimentarle ni menos volverle á la vida.

—Poco á poco, señores, exclamó el del violín, arrojándose de su cabalgadura...

—¿Qué irá á hacer? preguntó uno de los ingleses...

—El señorino jumento, continuó aquel contemplando al animal, padece un arrebatado de melancolía y tal vez la música ejerza un poderoso influjo en su quebrantada organización.

Y sin esperar respuesta, pulsó don Prudencio su instrumento y preludió en él una especie de serenata morisca tan desfigurada é insoportable, que hasta el pobre jumento abrió los ojos y le miró como diciendo:

—¡Dios te perdone!

Los demás cuadrúpedos debían comprender la ironía del paciente, pues en el mismo instante estiraron sus cuellos y sus rabos en dirección opuesta, aguzaron las orejas, fruncieron el hocico, y lanzaron un descomunal rebuzno á guisa de carcajada.

Los ingleses no pudieron menos de darse por ofendidos de tamaña grosería, y así es que en que en aquel mismo punto acordaron tomar una enérgica resolución.

Poco tiempo despues trocóse su cólera en benevolencia.

A la izquierda del camino se levantaban multitud de árboles, cuyo pomposo ramaje se reflejaba en la cristalina corriente de los arroyos que serpenteaban sobre la yerba como culebras de plata: los rayos del sol y la diafanidad del cielo parecían prestar mas bello colorido al paisaje, y regalada música, los pájaros que revoloteaban en torno de las ramas ó trinaban desde las copas. A lo lejos destacábanse teñidas de púrpura las desiguales colinas de la aldea, por donde ya no descendía como en otros tiempos alguna amorosa Filis ó un Lisardo quejumbroso.

Encantados los ingleses con la perspectiva que el campo les ofrecía, echaron pie á tierra, y dando rienda y libertad á sus cabalgaduras, se colocaron bajo un árbol cuyo ramaje les daba sombra.

El moribundo pollino levantó el cuello con coquetería, miró en derredor de sí, lanzó un fuerte suspiro y aspirando el fresco de la yerba se decidió á saborearla.

Los ingleses y el del violín, que habían empezado por sentarse, continuaron por cerrar los ojos y concluyeron por tenderse cuan largos eran y dormirse profundamente.

XI.

Alberto se reclinó en el tronco del árbol como atemorizado, y sintió que un fluido misterioso recorría sus venas embargando sus sentidos.

Despues cayó al suelo como aletargado y parecióle que los rayos del sol iban perdiendo gradualmente su luz hasta dejar el bosque en la mas espantosa oscuridad.

Los árboles, de frondosos que estaban, fueron convirtiéndose poco á poco en desnudos troncos, y los ruiseñores, los gilguerrillos y las tórtolas que trinaban ó arrullaban desde sus nidos, en aves nocturnas, y repugnantes insectos, cuyo movimiento producía un zumbido aterrador.

El cielo, sereno antes, apareció á su vista como un globo de escarlata girando continuamente en el espacio, y las colinas fueron alejándose, alejándose hasta perderse en un horizonte nebuloso para dar paso á mil torrentes que se despeñaban desde sus cumbres, inundando la llanura.

Entonces creyó ver flotando en la inmensidad un ángel radiante de luz y de hermosura: un ángel cuya mirada ejercía sobre su alma una poderosa fascinación y cuyas alas descomunales y membranosas, ora se agitaban con extraordinaria rapidez, ora se unían inmóviles para procurar su descenso hasta la tierra.

Negras y revueltas nubes circuián á la colosal figura, cuya diestra mano agitaba una tea, que despedía horribles borbotones de humo, y candentes llamaradas de fuego.

Y el ángel volaba, y su cabellera de serpientes azotaba su rostro, y de sus labios de púrpura parecía brotar el estruendo del rayo que cae y del huracán que silba desencadenado.

Y á medida que descendía, las facciones del ángel se fueron modulando, y achicándose sus alas, hasta que cayó, convertido en ninfa.

Alberto pretendió correr hácia ella, y al contemplarla sonriente y pura, preguntóla quién era...

La fantástica aparición guardó silencio, y las flores y los pájaros que volvieron á poblar el bosque, dijeron con voz celestial y pura.

—La inocencia...

Pero en el mismo instante aquella ninfa, de rostro angelical y vagas formas brilló, no como un ángel, sino como una mujer fascinadora.

Y el cielo volvió á inundarse de luz.

Y los pájaros trinaron en la selva.

Y poco despues ésta se convirtió en una ciudad populosa, por donde discurrían el boato, el lujo y la ostentación ahogando el grito de la miseria olvidada, del dolor reprimido, de la angustia perpetua de la humanidad.

Y Alberto contempló aquel cuadro con asombro, y con asombro observó que las facciones de aquella beldad, perfectas en un principio, se desfiguraban, se envejecían, se marchitaban y adquirían mayor deformidad y repugnancia á medida que mas cerca las contemplaba.

Alberto iba á dar un grito de espanto, pero el ángel ó la mujer volvió á adquirir su belleza primitiva y fascinó al niño por completo.

Este vió entonces que el espacio se hallaba inundado de luz y de armonía: que las flores los pájaros, las fuentes y los astros brillaban con indecible esplendor: vió mil palacios esbeltos, magníficos gigantes, y se acordó de su casa y de Carlota: sintió el deseo de habitarlos con ella, de poblar aquel mundo hasta entonces desconocido para él, y que el ángel, acercándose hasta su oído, le ofrecía rodearle de placeres y darle todos aquellos atractivos en cambio de su alma.

Alberto dió un grito, despertó rápidamente y vió que todo estaba tranquilo á su alrededor.

Pero no por esto podía borrar de su mente la idea del sueño, que le acababa de incitar á los placeres.

La ambición devoraba su alma.

Aquellas visiones vagarosas como el sueño, acababan de rasgar el velo de su inocencia.

El mundo, fascinador de lejos, deformado de cerca, se le había presentado por primera vez.

Y Alberto amó el mundo y se acordó de los tesoros de su padre.

Y derramó una lágrima, y recogió una idea.

Aquella idea era el germen de su infortunio.

XII.

Antes de pasar adelante, debo, á fuer de narrador verídico, volver á la casa de Carlota á imponer á mis lectores de por qué Margarita nada sabía de la enfermedad de don Pablo.

El día anterior al de su muerte, éste paseó con aquella y con su hijo por el jardín retirándose á la hora de costumbre.

A la mañana siguiente, salió á cumplir como cristiano, oyendo misa y repartiendo

algunas limosnas entre los vecinos de la aldea.

Apenas abandonó su hogar, un hombre de mal aspecto y siniestra fisonomía se precipitó en él.

El aya de Alberto parecía esperarle de antemano, pues al sentir sus pisadas abrió la puerta y le dijo misteriosamente.

—El niño duerme.

Una diabólica sonrisa dilató el semblante del desconocido.

—Hoy morirá, continuó el aya... morirá, porque antes somos nosotros que la vecina á quien tal vez piense dejar una manda en su testamento.

—Todo será nuestro, contestó el hombre negro.

Y esperaron la vuelta de don Pablo.

Cuando llegó éste, pidió de comer, y al concluir el último bocado en unión de Alberto, se sintió desfallecer.

Estaba envenenado.

—¡Ah! se pone usted malo, dijo el aya hipócritamente.

—Sí, llame usted á doña Margarita, á Carlota, al médico, á todo el mundo.

Alberto comenzó á llorar y se abrazó con angustia al cuello de su padre.

El aya salió de la habitación, pero en vez de avisar á Margarita dijo al hombre misterioso.

—Morirá...

Y dejó que don Pablo fuese arrastrándose hasta el lecho en que la muerte le esperaba.

Margarita vió despues á los niños en el jardín, pero sus lágrimas no eran suficientes á que sospechase la terrible catástrofe que acababa de suceder.

Cuando el niño huyó, Margarita preguntó á su hija.

—¿Díme, por qué llorabais!

—¡Muerto, muerto! respondió Carlota con desesperación.

—¿Quién? exclamó su madre palideciendo.

—¡Nuestro protector, madre mía!

—¡Don Pablo! no, ¡no es posible!

—¡Sí, sí, y Alberto se vá, Alberto nos deja!

La desconsolada madre quedó pensativa en un principio sin atreverse á dar crédito á las palabras de Carlota...

Pero el aya noticióle hipócritamente la nueva, y Margarita cayó desvanecida.

Apenas hubo partido Alberto en unión de los ingleses, el aya hizo venir á los pobres de la aldea, y les dijo que su señor había muerto, pero que ella los seguiría favoreciendo como don Pablo.

XIII.

Alberto y los ingleses continuaron su camino, y el pollino, repuesto ya de su pequeña indisposición, soportó resignado la carga de don Prudencio, que sosteniendo el instrumento con un brazo y con el otro al niño, les seguía, inspirándose en la soledad, para entonar en ocasión oportuna una sinfonia de efecto.

Así anduvieron, anduvieron por medio de campiñas, que atravesaron paso á paso, y pequeños riachuelos, que cruzaron mojándose hasta las rodillas, y no sin que las hermosas ladys tuviesen que sujetarse á las morturas despues de los gritos, temblores, desmayos y demás peripecias de costumbre.

Alberto iba pensativo, triste, reconcentrado, cosa que los ingleses no estrañaron por atribuirlo á la muerte de su padre.

Largas horas de camino llevaban cuando llegaron á una venta situada á uno de los lados del camino. Tenía aquella sobre su puerta un pequeño haz de sarmientos, á guisa de escudo, pero mas significativo que éste puesto que no era necesario estudiar heráldica para comprender que aquello en vez de Leon en campo de gules, era un despojo de Baco en campo de vino. Inmediatamente que arribó la comitiva hasta la puerta, multitud de mujeres del pueblo y arrieros se precipitaron en el dintel, no faltando como de esperar era, cuatro ó cin-



Harrison.

co chiquillos descamisados y dos ó tres mendigos de mal aspecto que, para celebrar su llegada, les presentasen la mano derecha.

El del violin, menos afortunado que sus compañeros, hallóse de improviso acometido por un pequeño perro, que él conceptuó del tamaño de un elefante cuando menos, el cual, despues de bailarle un minué, vals corrido ó lo que ustedes quieran, alrededor, hizo presa con el tacon de una de las botas de don Prudencio que, apurado se vió para no caer, llevándose consigo á Alberto, y derribando á su melancólico jumento.

Sosténganme ustedes ese animal salvaje,

gritaba, mientras templo mi violin para adormecerlo.

Y entre gritos, ladridos y carcajadas tuvo que resignarse con el mordisco y entrar en la venta rodeado de pobres y chicuelos, de los cuales no faltó alguno que cogiendo al burro por el rabo, parase á don Prudencio en su fogosa carrera.

Colocados los ingleses en la venta, y los animalitos en la cuadra, el ventero se encargó de señalar á aquellos habitacion, exhibiendo con tiempo la oportuna lista de cuantos alimentos poseia.

Don Prudencio, que hacia de intérprete, se

encargó de revisarla, y como nada viese en ella que le acomodase, empezó á pedir *ros-bef*, *bistek*, y cosas por el estilo, con lo cual quedóse el ventero boquiabierto y confuso hasta el punto de que, creyendo resfriado á su huésped, por parecerle mas estornudos que palabras los que le dirigia, se fué inmediatamente y mandó llevar mantas y tazas de flor de malva á fin de que sudase.

Los ingleses se miraron con estrañeza, y no habiendo visto jamás *bistek* de lana ni *ros-bef* de caldo, tomaron en consideracion el atrevimiento del ventero, para descontarle de las cuentas cuanto les estaba haciendo pasar.

El dueño entendió por último las peticiones de sus huéspedes, y ya se preparaban estos á engullir, cuando apareció en la puerta de la habitacion una pobre anciana, la cual despues de mirar á Alberto detenidamente, se fué á él y le abrazó repetidas veces.

Alberto reconoció en aquella mujer, á una de las que mas habia favorecido su padre, y empezó á llorar.

Enterado de esto, contóle don Prudencio cuanto les habia sucedido, y que creyendo pobre al niño le llevaban en su compañía.

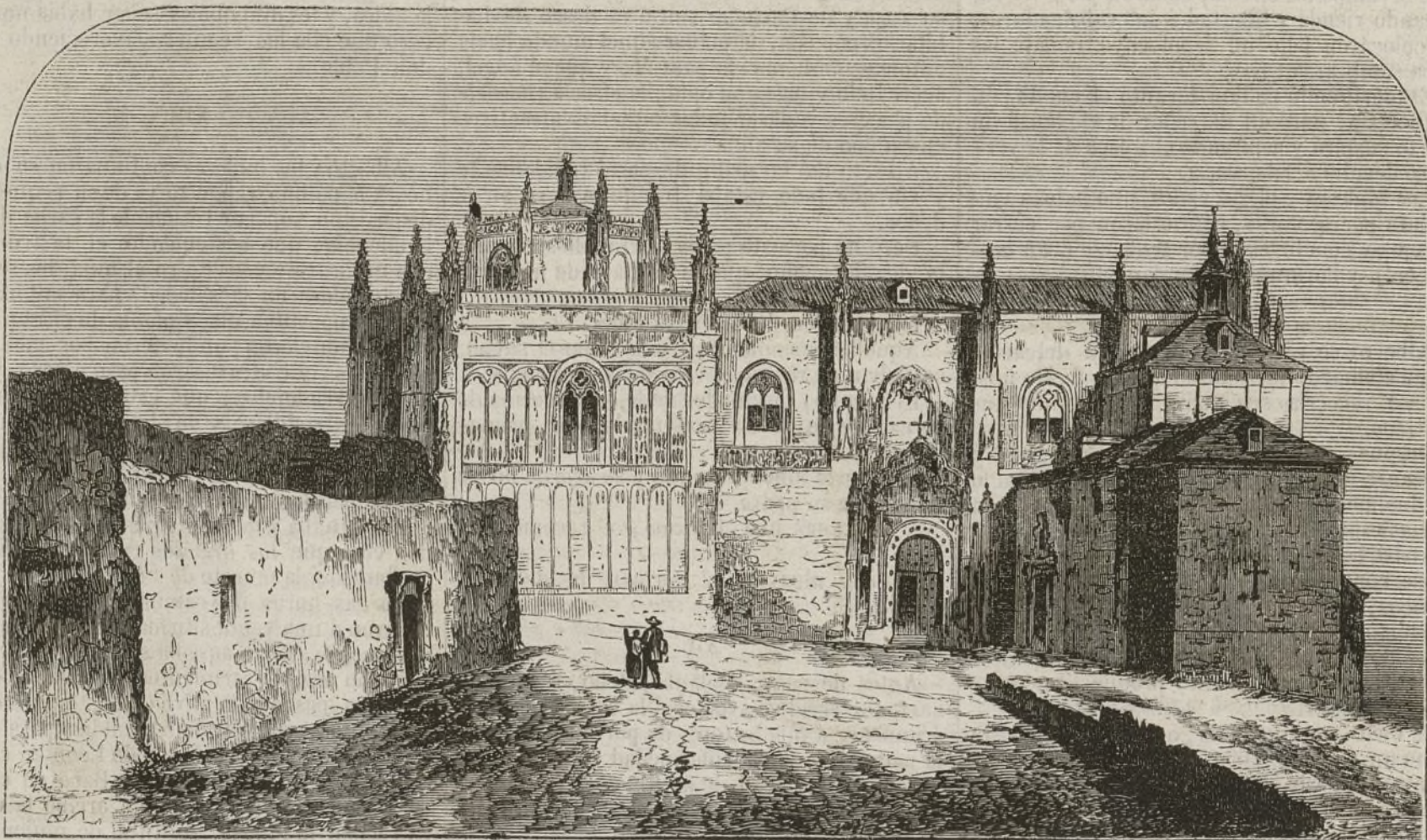
Alberto refirió entonces, y si no lo hizo antes fue por la timidez que los ingleses le inspiraban, el robo de que habia sido víctima, á lo cual contestó la vieja con exclamaciones y lágrimas, atribuyendo desde luego tal crimen al aya y al hombre negro, cuyas intenciones conocia muchos años antes.

Entonces don Prudencio se subió sobre una silla y pronunció un discurso exhortándoles á volver atras con objeto de devolver al niño la fortuna que habia perdido.

Hubo súplicas, contradicciones, dudas; pero resolvióse por último regresar á la aldea, tomando para mayor celeridad una silla de posta, si bien no renunciando á continuar su borrical viaje, luego que consiguiesen su objeto.

La anciana les dijo que en la misma venta habia un hermoso carruaje perteneciente á otros viajeros, con lo cual tuvo bastante don Prudencio para precipitarse en la habitacion de aquellos y pedirles una cesion momentánea.

Con el permiso ya, bajó á la cuadra, entonó la sinfonía de Guillermo Tell en loor de su



TOLEDO.—San Juan de los Reyes.

viaje, y abrazando uno por uno á los pollinos, se despidió de ellos con lágrimas en los ojos y angustiado el corazón.

XIV.

Aun no habia desvanecido el sol las nieblas de la mañana, cuando un ligero carruaje, ti-

rado por cuatro magníficos caballos, cuyas crines rizaba el viento, se dirigia á la aldea del americano.

Alberto, de pie sobre el pescante, miraba con ansiedad y tristeza al mismo tiempo el alto campanario de la iglesia, donde tantas veces habia oido misa con su padre.

Uno de los ingleses dirigia el carruaje interin el cohero, que era un muchacho joven aun, ocupaba la zaga en union de don Prudencio, que durante la travesía fue ponderándole las excelencias del violin.

—¡Ahí! ahí está, gritó por último el que hacia de tronquista.



LA SOMBRA DEL DIABLO.—Alberto dió un grito de alegría y levantándose sobre el pescante, contempló estasiado la casa de Carlota.

Las inglesas asomaron la cabeza por la ventanilla; Alberto dió un grito de alegría, y levantándose sobre el pescante, contempló estasiado la casa de Carlota.

Después, dos lágrimas rodaron por sus pálidas mejillas, lágrimas que el del violin hubiese armonizado, á no temblar bajo la siniestra memoria del hombre negro.

(Se continuará.)

FRANCISCO DE P. E. TRALA.

INDUSTRIA ALFARERA EN ARGEL.

La alfarería se halla en Argel como casi todos los oficios, organizada en corporacion, bajo el mando de un jefe llamado *amin*, cuya autoridad es muy estensa y arbitraria. Sin embargo, no puede impedir que trabajen los obreros que están bajo su jurisdiccion. Cuando alguno está descontento de lo que ha mandado hacer, vá á quejarse al *amin* que obliga al trabajador á rehacer la obra, y aun á pagar los materiales que se le han entregado y se han echado á perder.

Estos *amines* ó jefes de gremio, estuvieron encargados de recibir y entregar al tesoro público las cuotas de la contribucion que Luis XIV impuso á la regencia, y que ésta á su vez cargó en parte á los artesanos, después del bombardeo de Argel por Duquesne.

La industria alfarera es una de las mas atrasadas en Argel. En el arrabal Bab-el-Guad, hay varias fábricas y hornos de ladrillos; de allí salen la mayor parte de vasijas y utensilios de

barro que se usan en los Estados berberiscos. Usan las arcillas diluvianas y las de terrenos terciarios; después de bien desmenuzadas con los pies y con palas de madera, los trabajadores toman una porcion, segun la vasija que quieren hacer y la trabajan con la manos sobre el torno, lo mismo que se acostumbra en Europa, pero con mucha menos destreza, pues el torno está muy groseramente construido. Cuando las vasijas están confeccionadas, se las pone á secar bajo un cobertizo hecho de ramas de árboles y cubierto de cáñamo. El horno en que se cuecen es un cuarto lleno de agujeros y dividido en dos pisos; las vasijas se hallan

colocadas en el superior y el fuego se enciende en el otro.

Presentamos á nuestros lectores tres figuras copiadas de los productos de las alfarerías argelinas. La primera figura es una lámpara; la segunda, una tinaja de aceite; y la tercera, una alcarraza.

Los ladrillos se fabrican como en Europa, con la diferencia de que los cubren con hojas de palmera cuando los ponen á secar al sol, porque de otro modo se abrirían con el excesivo calor de aquel clima.

A.***



Alfareria argelina.

EL ESTUDIANTE MODERNO.

Galan de talle cualquiera,
 Con el embozo encarnado,
 Marcha en su capa liado,
 O á cuerpo en la primavera;
 Alto el sombrero, y caído
 Con gracia sobre la frente,
 Con buen ó mal continente
 Y un gran cigarro encendido;
 Sin libros, porque desdora
 A jóvenes elegantes,
 Sin dejar nunca los guantes,
 Llegando siempre una hora
 Despues de lo señalado,
 Entra en la universidad,
 Con típica gravedad
 El estudiante aplicado.
 Pero abandonemos ya
 Metros ladrones de idea,
 Y en prosa franca, aunque fea
 Hablemos, mejor será.
 No sea que, como aquel,
 Torne blanca alguna hormiga
 Y haya despues quien me diga
 Que no es mi retrato fiel.

Y ya que de conocer al moderno estudiante se trata, de nadie podremos valernos mejor que del hijo de un amigo mio que de su provincia va á salir para Madrid, á dar principio á sus estudios de abogado en la Universidad Central de España: verdad es que tendremos que empezar por el principio, cosa que va siendo muy poco lógica; pero en fin, lógica ó no, yendo con él y atendiendo á los dintintos amigos que allí hará, podremos conocer al estudiante, puesto que por la muestra se conoce el paño.

Es este hijo de mi amigo, un muchacho de unos diez y seis años, de un talento regular y una aplicacion de *mediano á bueno*; acaba de tomar el grado de bachiller en artes, aunque no conoce de estas mas que un poco la música, y desde ese dia ha colocado sobre su cabeza la *chistera-sombrero-canoa*; se ha dado á fumar delante de su papá, y en fin se ha hecho un hombrequito; ¡ahí es un grano de anís! ¡bachiller en artes! ya puede ser maestro de escuela con solo sufrir un exámen del que lo *sacarian bien*, sin duda.

Desde este momento empieza á desear que pase el verano. ¡Madrid! ¡la corte! ¡qué delicia! todo le sonrie, ¡el viaje! Quedarse luego solo, bajo su palabra, y teniendo tanto juicio como debe un bachiller, porque eso sí, los propósitos son muy buenos.

De este modo pasa, pues, el verano, teniendo siempre fija la vista en el deseado mes de octubre, que al fin se acerca, y mueve un cisco en su casa con la necesidad que tiene de estar en Madrid el dia de la apertura. «Las primeras lecciones, dice, son la base de todo, si no oigo las primeras, ya ve usted papá, y esto ya es facultad mayor y no se puede andar jugando.» El papá cree de buena fe en la aplicacion de su hijo, que por entonces, debemos decirlo en honra suya, es muy aplicado, aunque solo de pensamiento; y el dia 28, ó antes del mes de setiembre, segun hayan llegado ó no los adelantos del vapor á aquel sitio, salen generalmente padre ó hijo para la coronada villa.

En la provincia del jóven de que tratamos se conocia ya, por fortuna, la *via férrea* y asi para el 28 fue determinado el viaje.

No salió de casa Juanito sin recibir antes mil y mil consejos de su amada mamá, y sin que ésta le arrancase mil y mil promesas y hasta algun juramento solemne con respecto á su conducta, en pago de lo cual la buena señora le dió dos onzas metidas en un papel y e- te en un bolsillo de seda verde, sin que su papá supiese nada por supuesto.

No dejaba esto de aumentar el júbilo de nuestro jóven, que en su vida se habia visto con tanto dinero, pero confesaremos que su corazon era aun bueno, puesto que en la conversacion aquella con su madre, las lágrimas

brotaron mas de una vez de sus ojos, á pesar de ser la víspera del soñado dia.

Amaneció el siguiente sin que el bachiller hubiera podido pegar los ojos en toda la noche, y como el tren salia á las seis, una hora antes ya tenia listos á todos los de su casa y camino de la estacion. Su papá marchaba con él hasta dejarle instalado en una casa á su gusto y á su madre que quedaba este tiempo enteramente sola, le era imposible restañar el llanto.

Aunque al estudiante se le hiciera eterna, pasó la media hora larga que tuvieron que esperar en la sala de descanso; sonó el primer toque de campana y se abrieron las puertas para salir al anden; la gente se agolpaba á los coches y la madre, á pesar de la prohibicion, corrió tambien tras de su hijo hasta la misma portezuela.

Allí fue el tiernísimo abrazo, allí las lágrimas corrieron hilo á hilo, y se multiplicaron los encargos de *juicio, aplicacion, ¡por Dios, hijo mio, no nos des ningun disgusto! ¡bien sabes cuanto te queremos! ¡que escribas si algo te falta!*—Descuide usted, mamá, descuide usted; y suena el último toque y tras esto el pito, y despues el chillido de la máquina y el tren se pone en movimiento, y la madre sin enjugar sus lágrimas no aparta los ojos de su hijo que asomado á la portezuela la vá diciendo adiós con la mano.

Cuando el tren ha desaparecido se vuelve á casa con la amiga que la acompañó, maldiciendo de las carreras y de la necesidad de que los hijos estudien y deseando con todo su corazon que el suyo fuese toda su vida un ignorante, con tal de no verlo separado de ella y solo en *aquel Madrid*.

El hijo, pasado el primer momento, en que tambien ha sentido algunas sensaciones de dolor, ya solo ve alegría en torno suyo, y con su cigarro en la boca, le que delante de su papá es para él una cosa nueva y por lo tanto grata, va formando castillos en el aire y cree que ya solo el mundo le reserva dichas.

Pasa el viaje sin la menor cosa que digna de contarse sea, y á las once ó algo mas de la noche llegan á la villa coronada donde ya empieza á ver cosas nuevas nuestro nuevo cortesano.

Le llaman la atencion primeramente, tantos coches simones como ve en la estacion, tanta gente de tan distinta calaña, de la que habia visto, y los señores cívicos, de á pie y de á caballo, los cuales, los unos y los otros traen sin querer á su memoria ciertas aleluyas que leia siendo niño, tituladas, *Costumbres de la villa y corte de Madrid*.

Suben al cabo en uno de aquellos vehículos simones, y se encaminan á la poblacion; si no la encuentra tan hermosa como habia creído, sin duda será efecto del sueño ó del cansancio.

Por fin atravesando calles, y á fuerza de latigazos, que tambien en el siglo XIX se necesitan para poner en movimiento un simon, llegan al número tantos de la calle de Fuencarral, donde es la casa de huéspedes que les ha proporcionado don Nicomedes Fernandez, amigo del papá.

Aquella noche no se piensa mas que en dormir, y nuestro jóven lo hace á pierna suelta, sin echar de menos su blanca y mullida cama.

A la mañana siguiente sale, viendo calles y plazas y tiendas que le admiran ó no le admiran, que esto no lo puso en sus memorias de donde tomo estos apuntes; en fin, asi pasa el dia hasta el siguiente en que vá á la solemne apertura del templo de la ciencia, y esto sí le admira de fijo. ¡Qué diferencia del Paraninfo á la sala de su Instituto! ¡Luego los doctores con sus relumbrantes mucetas y flecados birretes! ¡él que no los habia visto nunca! ¡Qué gana tiene de estudiar! ¡cuán poco conoce que sabe al escuchar la lectura del discurso, del que se queda en ayunas por ser el lenguaje tan elevado, cuando creia que solo le faltaba saber las leyes!

Llega el momento deseado de asistir á clase

y preparado con su cuaderno, sus lápices y sus libros, se dirige á la Universidad media hora lo menos antes de la designada.

Los primeros dias no entiende nada por mas que se esfuerza y sus apuntes se reducen á cero en sustancia; pero entre palabra y palabra se entretiene en recorrer con su vista á sus compañeros y elegir algun amigo, ¡le hace mucha falta! su papá se marcha ya.

Por fin un dia en cierto billar no lejos de la Universidad, encuentra algunos de sus compañeros que van á entablar una partida, no carece de aficion y en su pueblo era uno de los gallitos de su edad; le proponen acompañarlos y accede gustosísimo, de lo que resulta: perder la clase aquel dia, descargar su bolsillo de la enorme cantidad de 34 cuartos, y cargar su conciencia con un peso horrible, pues tiene la dicha de que aun le remuerda mucho por tan poco. La peseta no se le aparta de la imaginacion. ¡Estaba acostumbrado á que aquello fuese el consumo de una semana!

El juego, ¡ah! cuántas veces le ha hecho jurar su madre que no jugaria, cuantas le ha pintado todo lo horrible del jugador.

Sin embargo, comprendiendo que su conciencia se aquietaria volviendo la peseta á su bolsillo, al dia siguiente se repite la escena y ya son 7 reales y asi subiendo es el billar su pesadilla continua, y su constante ocupacion durante el primero y tal vez el segundo año. ¡Qué de sudores le cuesta! ¡cuántas veces se considera ya enteramente perdido por el desfalco de dos ó tres duros! ¡cuántas promete solemnemente no volver á jugar!

Los tres muchachos condiscípulos, que conoció en el billar, son madrileños. Despues de los primeros dias empieza á observar que su trage ni es tan moderno ni tan nuevo como el de sus amigos. La primera operacion es cambiar el sombrero por otro de grandes picas ó de copa cónica, que aunque muy brillante al principio, á la primera mojada se convierte en arco iris; despues sigue con la ropa y todo aquel año le sale mal: ¡cuánto le cuesta su aprendizaje de cortesano! ¡ay! ¡bien pueden hablar las cuentas que reciben en su casa y que dan seis y raya á las del *gran Capitan!*

Por último, se acercan los exámenes, y nuestro jóven, que no del todo habia abandonado las aulas, que tambien se arraigan las buenas costumbres, se prepara para ellos consiguiendo ganar el año con honra, ya que no con lucimiento, y vuelve al seno de su familia donde le aguardan con lágrimas de júbilo.

Llega el segundo año, ya ha variado el estudiante, ya no tiene tanta prisa de ir el primer dia á clase, y si la tiene de estar en Madrid, será por placerle la vida de la corte. Este año ya mira con menos interés las aulas; ya empieza á desprenderse algo de los billares; ya no se contenta en ocupar un anfiteatro en los coliseos, y cuando llega el Carnaval, ya se ocupa de los bailes, ó bien de los de Capellanes ó compañeros sacerdotes de Terpsicore; ya quiere conocer algo peor del mundo de lo que hasta allí habia visto, y no es extraño, aunque de tarde en tarde, hallarle en casas *non sanctas* y en casas de juego: pero aun tiene conciencia, aun le suenan en los oidos las palabras de su madre. Asi va pasando el año segundo sin abandonar las costumbres de estudiante, levantándose temprano, yendo al teatro los sábados, temiendo á las *fallas*, ya que no la pérdida de las explicaciones, y aun pensando brillar en su carrera.

Ya su trage va elegantizándose; ya tiene un sastre, y mira con horror las prenderías.

A-i termina este año, en el que preparándose menos para los exámenes, sale menos lucido, aunque marcha á su pueblo mas reluciente y orgulloso de sí.

Viene el tercer año, y éste es el destinado á dar principio á la metamorfosis.

Se compone de muchachos de diez y nueve á veinte y dos ó veinte y tres años el total de la clase, y asi es que ya todos van fijando su carácter; aquí ó acullá.

Ya no ahora, como en otros tiempos, solo es siempre estudiante el estudiante, ya no co-

noche, cuantos asisten á la universidad forman una especie de cuerpo con sus costumbres, sus reglas y su espíritu de compañerismo; todo ha desaparecido, y si alguna reminiscencia queda en los primeros años, es porque se tienen muy en la memoria las historias y cuentos leídos ó relatados de aquellos estudiantes de raiño manto, sotana de pega y sombrero descopado, en que se los pinta tan decididos, tan atrevidos, tan bromistas y emprendedores, y en que se cuentan sus hazañas, siempre tan chuscas y llenas de gracia; por esto los muchachos que habian sonado con aquella vida no pueden desprenderse completamente de ella en un principio; pero llegando al tercer año, cuando ya se cercioran de que todo ha cambiado, de que entre los pliegues del hábito se fueron los hábitos tambien, dejan casi por completo de poderse llamar estudiantes, y el nombre que mejor les cuadra es el de jóvenes que estudian ó jóvenes que aparentan estudiar.

A la hora de clase, los claustros llenos de alfeniques, vestidos con elegancia y hasta lujo, harian avergonzarse de lo afeminado y pulcro de sus discípulos, á uno de aquellos rígidos catedráticos que estaban acostumbrados á ver en los suyos un espíritu fuerte, despreocupado y hasta belicoso: no es esto decir que hoy valgan menos; pero son la mayor parte *pollos á la moda*, de esos que acaban de salir del regazo de sus madres, y que nos cuentan tantas conquistas amorosas, nos dicen de tantas mujeres que están muertas por ellos, y no tienen mas oficio en todo el día que hacer viajes á casa del sastre ó del peluquero, y hablar en el café Suizo de mujeres, de caballos y de trages, ó bien de política, y de cuestiones propias solo de hombres de cincuenta años, pues son tan fátuos y tan necios, que hablan de todo sin entender de nada; muchos cuentan tambien sus numerosas ocupaciones, quién se finge hombre de negocios, quién se hace el desocupado duque, pero todos son lo mismo, cabezas llenas de... aire.

Esta clase de gente de pluma, que debia ser de cerda, constituye la mayoría del tercer año en las universidades (1). Hay tambien otra porcion numerosa que abandonando la elegancia, tal vez por no poderla abrazar, se dedica á la vida de calavera pobre; juega, frecuenta bailes... de candil; hoy tiene la capa en Madrid y mañana empeña... randa; el reloj desaparece desde los primeros dias de curso, y muchas veces no aparece ni á los últimos, y ya van en coche á la Fuente Castellana, ya no salen en un mes, por carecer hasta de lo necesario para la decencia. Ni unos ni otros se acuerdan un momento de los libros, que los primeros nunca tocan, y los segundos, si acaso para mandarlos con la capa, y estos últimos aun frecuentan menos las clases que los primeros que al fin pueden pasarla hablando con el compañero de alguna *mujée* (2), lo que es un aliciente poderoso.

Los *pollos* son necios hasta dejarlo de sobra.

Los *calaveras pobres* son bebedores algunas veces, depravados, jugadores, y siempre desaplicados, aunque no siempre tan obtusos como sus compañeros.

No todos son de estas clases, es cierto, hay escepciones, y escepciones de bastante consideracion; existen los *calaveras aristocráticos*, que hacen una vida muy semejante á la que nos cuentan los *pollos* de la moda de sí mismos, y que dan cuenta en dos ó tres años del caudal de sus padres, consumido en asesinarle física y moralmente; hay otra clase media en que son de rectos sentimientos y que tienen afan por saber, y otra clase superior de número sumamente reducido, compuesta de verdaderos talentos; pero unos y otros miran la universidad como una cosa secundaria, y van ó faltan indistintamente.

Esta metamorfosis empieza por el tercer año, y viene siguiendo hasta el quinto, en que ve-

rificada por completo, se reducen los que *deben estudiar* á estas cinco clases: *pollos á la moda*, destinados á ser siempre la necedad personificada; *calaveras pobres*, que labran la ruina y tal vez la muerte de sus pobres padres; *calaveras aristocráticos*, que labran antes de concluir la carrera, que casi nunca acaban; *hombres* de buenos sentimientos, de recto pensar, con talento ó sin él, y dos ó tres *notabilidades* que saltarán al Congreso y del Congreso á la poltrona.

Tales son hoy los estudiantes tal como pueden conocerlos quien entre ellos vive, quien tambien lo es, y ahora por via de epílogo quiero que sepais lo que fue del hijo de mi amigo y de sus compañeros. Solo eran tres al principio; en el segundo año se aumentaron hasta siete, y en el tercero empezaron á metamorfosearse tomando cada uno el mejor partido que le pareció. Nuestro joven, que habia tenido una buena educacion, bastaba el sólido principio, apenas pasado el mareo que le produjo la corte, pensó seriamente, y hoy, que está acabando su carrera, pertenece á esa clase de buenos sentimientos y recto pensar, que abarcan generalmente los que con un entendimiento claro no le tienen embotado por la educacion ó por estar sobradamente infecto del aire de Madrid, y no teniendo además la ventura de poseer un gran talento.

Otro de ellos, natural de la Habana, que es hoy una de las notabilidades de la clase, y una esperanza para su país. Dos fueron *calaveras pobres*, gastando todo lo que tenían y jugando a troche y moche, sin mirar un libro; uno solo fue *calavera rico*, muchacho de algun talento, que no le privó de inficionarse del aire corrompido, de lujo y depravacion que respiraba; y los restantes *pollos á la moda*, habian nacido en Madrid y eran de familias regulares; pero su educacion habia sido tambien madrileña, y raras veces produce otros resultados.

Ya sabeis tanto como yo, podrá ser que me equivoque, que no juzgue bien á mis contemporáneos estudiantes; pero podeis estar seguros de que todo está escrito segun conciencia, y de que es cuanto ha podido observar en nueve años de frecuentar las aulas el que suscribe;

ADRIAN VIEDES GIRON.

LA ALAMEDA EN INVIERNO.

Ayer tarde fui á vagar
Solo y triste á la alameda,
Que embelleciste otro tiempo
Mas feliz, con tu presencia,
Recordando aquellas tardes
Hermosas de primavera
En que íbamos á contarnos
Nuestras venturas y penas;
No cual en aquellos dias
La encontré frondosa y bella
Convidando con sus sombras
A las amantes parejas.
Llegó el invierno sombrío,
Cayeron las hojas secas,
Lejos huyeron las aves
Y quedó triste y desierta.
No sé por qué, vida mia,
Me ha dado siempre tristeza
El contemplar en invierno
Sin hojas las arboledas.
Tal vez será porque pienso
Que el tiempo de igual manera
Arranca del corazon
Las ilusiones mas bellas.
Mas vendrá de nuevo abril
A engalanar las praderas
Y recobrarán los árboles
Sus hermosas vestimentas;
Pero ¡ay, que las ilusiones
Que el alma triste perdiera
No queda esperanza alguna,
Niña hermosa, de que vuelvan!

CÁRLOS SANCHEZ PALACIO.

HISTORIA DE UN SUSPIRO.

A....

Aunque en general parezca algo extraño el epígrafe con que encabezo este artículo, tú que ves en las flores pruebas de cariño y en el canto de las aves escuchas las quejas de amor y celos que exhalan, lo comprenderás claramente.

Es demasiado corto; y si al concluir de leerlo me reconviene por haberte hecho perder un tiempo precioso... podré abonar en mi favor que solo han sido unos cuantos minutos.

PRÓLOGO.

La luna habia comenzado á elevarse.

Su pálida luz rielaba en la serena mar, surcada velozmente por el vapor que me llevaba á bordo.

La agradable brisa que corria mezclada con el vapor de las aguas refrescaba mi rostro.

Era una noche de esas tan bellas como tú sabes describir.

El cielo, la luna, las estrellas y el mar, formaban un delicioso contraste con las montañas de la costa, que se dibujaban confusamente en lontananza.

Eran las primeras horas de la noche.

Mas tarde se aumentó la brisa, los vapores del mar comenzaron á hacerse molestos y me retiré á la cámara.

Después de cenar me recliné en un divan.

Al poco tiempo esperiménté el efecto de los licores quedándome dormido.

Entonces me pareció sentir en mi rostro un suave soplo, como la brisa perfumada del vergel en una mañana de primavera.

Apliqué mi atencion y conocí que era un suspiro.

Recogílo en mi alma y me contó su historia.

1.

—«Yo habia vivido largo tiempo en el pecho de Laura sin esperanza de gozar el aire del mundo.

Era Laura una bella joven que habitaba en Madrid.

Tenia diez y seis años cumplidos.

Eran sus cabellos de oro, sus ojos de cielo y sus labios de coral.

Era tan hermosa como inteligente, y como inteligente era esquivia.

Contaba sus amadores por los dias del año, y á todos pagaba su cariño con una desdeñosa sonrisa.

Les hacia sufrir con sus desdenes.

Tambien debia ella sufrir mas tarde...

Una noche fué á un baile.

Estaba mas bella que de costumbre si cabia aumentó en su belleza.

Muchos jóvenes la habian solicitado para bailar, y ninguno lo habia conseguido.

Siempre esquivia, siempre desdeñosa.

Acercóse á ella uno de cabellera y ojos de ébano, y fue mas afortunado que los demás.

La cautivó con su mirada.

Y bailaron.

Y ella se embestia en contemplarle.

Estaba enamorada.

Muchas veces habia yo estado en sus labios; pero me habia ocultado otras tantas en su seno, temerosa de perderme.

Las mujeres nos estiman en mucho porque nos tienen en corto número...

—Pues mujeres he visto yo que suspiran con una frecuencia...

—Porque esos suspiros son *convencionales* y yo te hablo de los *verdaderos*.

—¿Con que los hay de varias clases?

—Sí. No me interrumpas.

Los hay de esas dos clases.

Los primeros abundan en el pecho de las mujeres.

Los segundos escasean.

Para dejar escapar uno *del alma* ó *verdadero* tiene que mandarlo el corazon.

A muchos les sucede lo que á mí, que es-

(1) Téngase entendido que siempre se habla solo de los legistas.

(2) Así llaman á cualquiera señora y con una entonación tan especial, tan de pollo, que produce náuseas.



Momordica charantia.

tando en los labios de una hermosa, vuelven á ocultarse en su seno.

En el baile de que te he hablado me escapé de su pecho contra su voluntad.

En nosotros tiene mas poder el corazon que la cabeza.

En los convencionales la voluntad vence...

Al jóven que con ella bailaba, debí acercarme.

Y me acerqué.

Estaba distraído.

No pensaba en Laura.

Pensaba, tal vez, solamente en el favor de ella recibido.

En el triunfo adquirido sobre sus amigos.

Pasé desapercibido para él, y me aproveché de esta circunstancia para gozar de mi libertad.

Era la primera vez que me mezclaba con la brisa.

¡Es tan dulce la libertad!...

Estaba el salon lujosamente amueblado.

Varios jarrones de flores de esquisito aroma colocados en el centro, embargaban con sus perfumes.

Vagué algun tiempo por la habitacion.

Y encontré á otros suspiros de otros pechos; pero no eran como yo y se mezclaban y confundian en el espacio y luego cada uno seguía su camino.

Yo, sin cuidarme de Enrique, que así se llamaba el jóven que bailaba con Laura, salí de la habitacion.

Volé en alas del céfiro, que tambien llevaba suspiros de las aves y de las flores...

—¿Qué tambien las flores aman y suspiran?

—Sí; pero todos sus suspiros son verdaderos.

Solo la mujer sabe fingirlos.

¡Las flores son tan sencillas!...

Yo he vivido con ellas largo tiempo.

Pasé por desconocidas regiones; y en los montes, y en los valles, en los mares y en los desiertos, encontré suspiros.

Todo el espacio lo pueblan estos preciosos átomos del perfume del corazon.

—¿Y cómo no te has presentado aun á ese Enrique de quien me has hablado?

—No lo he encontrado por mas que le busqué.

Hace algunos minutos que al pasar por una ciudad hallé suspiros suyos y me dijeron que iba en este buque...

—Y esos suspiros de Enrique que has hallado, ¿eran para Laura?

—Eres demasiado cándido. ¿Cómo quieres que sean para Laura, si Laura le adora?

—Tanto mayor motivo.

—Te tengo lástima. ¿No sabes que basta que uno de dos amantes quiera mucho, para que al otro le bastie aquel cariño?

—Pues entónces, ¿cómo vas á presentarte si no la ama?

—Voy á presentarme en forma de recuerdo:

—¿Y esperas conseguir algo?

—Ya lo veremos. Adios, ya sabes mi historia.

—Creí que venias dirigido á mí, y siento dejarte marchar...

—Dime, ¿quién es el jóven que buscas? ¿Sabes en qué sitio está?

—Sí. Mira, aquel es, aquel que está allí.—Y me indicó á mi amigo Enrique.—Adios.

Al pronunciar esta palabra observé que Enrique entreabrió los ojos y exhaló un suspiro: Será la contestacion, pensé interiormente, y me quedé dormido...

EPÍLOGO.

A la mañana siguiente solo tenia un vago recuerdo de los sucesos anteriores.

Despues reflexioné un poco y descubrí la hilacion de las ideas y las he coordinado. Supe por el mismo Enrique que habia tenido relaciones con una linda jóven llamada Laura, desde una noche que apostó con sus amigos á que alcanzaba la gracia de bailar con ella, favor que á todos habia negado.

Que bailó y que despues tuvieron amores; pero que nunca la amó.

Le pregunté si hacia mucho tiempo que no se acordaba de ella, y me dijo que desde la noche anterior

Me extrañó la coincidencia de su recuerdo con la marcha del suspiro; pero no le dije nada.

Desde entonces no admito suspiros de mujer sin hacerles sufrir cuarentena de veracidad.

Como no soy egoista, te diré el modo que me indicó para distinguirlos.

«Si al llegar á tí un suspiro sientes en tu alma una impresion inesplicable, tierna, grata... ese suspiro es falso.»

«Si no experimentas esas sensaciones es verdadero.»

Adios, y te repito que no pienses en los cinco minutos de precioso tiempo que te he hecho perder.

VICENTE MARTINEZ DE CARVAJAL.

BOTÁNICA.

MOMÓRDICA CHARANTIA.

Esta planta, que se cria en la India, tiene un cáliz de cuatro lacinias, corola lo mismo, y en las flores machos, los filamentos: en las hembras su estilo de tres lacinias, fruto en peponide seca y semillas secas.

La *charantia*, que es una de las tres clases en que se divide la momórdica, produce la variedad *zeilánica*, y se usa para hacer cerveza, en lugar del lúpulo, teniendo las hojas vermífugas y comestible su fruto.

La *balsámica*, por el contrario, se cria en los mismos parajes, pero su fruto es venenoso y se usa como vulneriana tomando el cociamiento de la planta como vomitivo.

Esta planta es agradable á la vista, como se puede ver por el adjunto grabado.

TEMPESTADES.

El vendabal se desata,
ruge el seno de los mares,
una tormenta horrorosa
la tierra llena y el aire;
el granizo y la centella
sin cesar al suelo caen,
el universo parece
que vá pronto á desplomarse;
las plantas rompen sus tallos,
los árboles su ramaje,
todo amenaza ruina,
todo el huracan lo barre.

Huracan de las pasiones,
no contra mí te desates
que puede tu fuerte impulso
sin remedio aniquilarme.
Vicios, llamados placeres,
de la vida tempestades,
nunca vengais á mi puerta,
al olvido abandonadme:
os temo, porque soy débil
y vuestra fuerza es muy grande;
os temo, porque es difícil
vencer á los huracanes.

ADOLFO MIRALLES DE IMPERIAL.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto proximo.
—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.
PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martin, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Duran, Carrera de San Geronimo; Dochoa, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.
En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los correspondientes de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe a la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó s. de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.